

Querida comunidad de San Isidro, después de esta procesión maravillosa, con un sol espléndido, como una revancha después de la pandemia, de alguna manera, estamos muy felices de poder haberla hecho, de poder celebrar esta Eucaristía, al comenzar la celebración de los 400 años de la canonización de san Isidro Labrador.

El Sacramento del Bautismo nos hace entrar en esta comunión íntima de vida y de amor de la que nos habla el Evangelio con la imagen de la vid y los sarmientos: Jesús es el tronco, nosotros las ramas, circula la misma vida; el bautismo nos hace entrar en la familia, no estamos más solos, estamos dentro de la familia de la Trinidad, dentro de la familia de la Iglesia, en la cual María es madre; tenemos familia, no somos huérfanos.

Este regalo que es el bautismo, que nos iguala a todos, este gran regalo conlleva una responsabilidad, una tarea: dar fruto, si estamos unidos a Cristo, si permanecemos en Él y Él permanece en nosotros, la finalidad es dar fruto.

El Señor en el bautismo entonces también nos convoca, nos regala una vocación: Él mira el núcleo de belleza que hay en cada uno, ese rasgo propio que va a establecer en el mundo y que va a aportar a los hermanos; Él mira aquello que es singular y que cada uno de nosotros tiene que desarrollar. Lo mismo hizo con San Isidro, quien vivió su bautismo con responsabilidad: le respondió a la gracia de Dios, a los dones de Dios.

Decía Viktor Frankl que Occidente había creado la Estatua de la Libertad, pero que no había ninguna estatua de la responsabilidad, que es la otra cara de la libertad; esta capacidad de responderle también a la vida.

¿Y de qué modo respondemos a esta vocación del bautismo? A través de la ética del cuidado; cuidando lo que el Señor nos regala; cuidando el depósito que nos hace el Señor, cuando nos llama a la vida y cuando nos llama a ser cristianos para dar fruto.

San Isidro vivió a fondo, yo diría que es como un paradigma del cuidado de la vida; tema que en este momento que estamos viviendo es tan importante, es tan central; en primer lugar cuidó su vida espiritual, no dejó nunca de orar porque encontraba en la oración aquello que le daba sentido a todo, aquello que le daba oxígeno para poder encarar su vida, conjugar una cantidad de cosas; es maravilloso como resalta la oración de San Isidro, su espíritu de oración en medio del trabajo, el milagro de él rezando y al mismo tiempo que el trabajo se cumpliera, pone de relieve lo que significó en su vida la oración.

En la oración nos encontramos con nuestra raíz, con las raíces de nuestro llamado a la vida cristiana; la oración nutre estas ramas unidas al tronco, al árbol de la vida, por el cual circula la misma savia.

Cuidó su oración, cuidó su familia; la familia es el espacio donde aprendemos a amar; por supuesto que no es un espacio académico: a amar se aprende amando.

Nosotros no elegimos a nuestros hijos, ellos son regalo de Dios; su carácter, su personalidad, sus decisiones; a veces nos hacemos la ilusión de que elegimos a los hijos, pero no es así; los hijos tampoco elegimos a nuestros padres, pero nos encontramos los primeros en esta relación básica que es la escuela del amor y de todas las virtudes sociales, allí aprendemos a amar y aprendemos a relacionarnos con los demás.

San Isidro cuidó de su familia a la que no solamente sostuvo con su trabajo, sumamente exigente, su trabajo de peón de campo, sino que le brindó todo lo mejor.

El cuidado de la familia es tan importante en este momento de nuestra vida, de nuestra historia, el cuidado de aquellos seres que son los primeros en enseñarnos a amar como pueden, como podemos, pero es una escuela y hay que cuidarla.

Cuidó en segundo lugar a los pobres, tenía una sensibilidad impresionante para los pobres, veía en ello a Jesús, siendo pobre él. Hablando de los pobres de espíritu, Paul Claudel decía "El verdadero pobre es el que sabe que hay otro más pobre que él".

Desde su pobreza, tenía para comer, pero sin embargo no le faltaba esa capacidad de guardar para los pobres el poquito que quedaba en el fondo de la olla; cuidar a nuestros pobres, cuidarlos de verdad.

Y en tercer lugar el cuidado de la "hermana madre tierra", como la llama el Papa Francisco en la Encíclica Laudato Si'; durante la pandemia, y después de la pandemia, aumentó en el mundo la tala indiscriminada de árboles; un extractivismo sin escrúpulos que contamina el agua, tenemos un problema tremendo con la escasez de agua y el mundo lo va a tener próximamente.

Nosotros le pedimos a este Santo que conoció y amó la tierra, sus ritmos, su lenguaje; para nosotros y para nuestra cultura es como si fuera algo lejano y nos hemos educado con la idea de que la Naturaleza es como un baúl donde nosotros podemos sacar cualquier cosa de manera ilimitada, y esto se ha agravado de un modo tremendo en este tiempo y tiene gravísimas consecuencias sociales.

Nosotros tenemos la gracia en este año jubilar, de poder celebrar, acercándonos a la Iglesia Catedral, recibiendo la gracia de la indulgencia plenaria; es una gracia especial donde el Señor nos perdona las consecuencias de los pecados personales, y también tenemos que pedir por los sociales.

El cuidado de la oración, de la familia, de los pobres y de la hermana madre tierra es la garantía de la paz; solamente cuidando, construimos la paz; la violencia es todo lo contrario: surge del miedo, de la desconfianza de que el otro me pueda aniquilar, entonces sospecho continuamente, me adelanto con violencia para buscar una cierta seguridad.

El cuidado nace de otro lado, nace de Dios, de nuestra vocación bautismal que nos injerta en ese tronco del árbol de la vida, que nos hacer ser ramas para poder dar fruto, que nos une íntimamente a Él, y nos permite que podamos cuidar lo que Él nos va regalando día a día.

Pidámosle esta gracia en este día a San Isidro, este día hermoso que nos ha regalado al volver a la procesión, pidámosle crecer desde chicos, a nuestras generaciones, en esta ética del cuidado que también nos dejó San Isidro Labrador.
Que así sea.

+ Oscar Ojea